PAGINAS DE MUESTRA

**Capítulo I**

**El Camposanto**

A

hí estaba, una vez más, sentado sobre aquella loza helada y húmeda que piadosamente lo separaba del pasado. Como antes, como cada día, saliendo al encuentro de un nuevo atardecer: naranja el cielo sobre los cipreses, purpúreo el velo del firmamento que se presiente, anunciando la eternidad de una noche de soledad y desconsuelo.

Una vez más…y desde siempre.

El camposanto lo rodea de silencios y susurros, elfos, duendes, hechizos y terrores. Si, terrores. Cruentos, indescriptibles e invariablemente sobrenaturales.

Cada vez constituía un novel desafío, una nueva contienda con las sombras del  ayer. ¿Quién aventuró pensar que el arribo de la muerte traería implícito el final de su tortura? Paradójicamente, aquel cadáver atrapado en esa tumba, había cerrado los ojos a la vida, sin embargo abrió los suyos a la clara percepción de la inmundicia que deviene de la culpa. Y él era culpable. Sin lugar a dudas.

La brisa comenzó a intensificar el frío contra su cuerpo. Estremeciéndose, sacudió la cabeza y se dispuso a enfrentar el diario reto. Poniéndose de pie intentó reunir fuerzas y, con lentitud, arrastró los pies por la grama gris verdosa y descuidada. La hora de volver a casa había llegado. La noche ya cernía lóbregas sus fauces sobre la curvatura de su espalda vencida. Antes de alejarse, volteó a mirar hacia esa lápida y, con un gesto breve, se despidió de su propio muerto. Este permanecería allí, cautivo, sin posibilidad de regresar. Suspiró algo más tranquilo y continuó avanzando por el sendero.

Paso a paso, fue atravesando las calles, los baldíos, las esquinas. Farolas de luz amarillenta y puertas cerradas. Pueblo indiferente, insomne, devastado. Perros callejeros que batallaban el mendrugo, desplegando colmillos opacos, cubiertos de saliva viscosa y putrefacta. Gatos salvajes, persiguiendo gigantescas y oscuras ratas de albañal. Y él, caminando en penumbras hacia la casa. Sintiéndose culpable.

No recordaba desde cuando aquello se transformó en rutina. Solo memoraba el miedo naciendo en la profundidad de sus entrañas, ahogando los aullidos, enmudeciendo razones, atisbando el pánico en el rostro de su muerto.

Nunca podría olvidarlo.

Apenas tuvo conciencia del instante en que se detuvo frente a la puerta. Su puerta, la de su hogar, profanado por demencial violencia. La imagen de  los surcos trazados a filo sobre la madera, le sacudieron esa calma típica de la abstracción, trayendo a su memoria el espanto de aquella noche funesta.

Golpeó  dos veces, la puerta estaba abierta.

Entre el chirrido de la placa de madera vieja girando sobre sus goznes y el vaho a cocina que manaba desde el interior, Javier se hundió en la bruma cálida de un hogar multicolor, pero insonoro. Sus músculos se tensaron, mas desde la frente, gruesas y heladas gotas de un sudor fuera de tiempo comenzaron a rodar, deslizándose hacia sus párpados  descomunalmente abiertos, al acecho.

Insurgente, el pánico principió a desgarrarle los sentidos.

La puerta se cerró de golpe, estrepitosamente, dejando a Javier atrapado nuevamente y como cada día, en el horror de sus recuerdos.

Sangre.

Océanos de ira dolor y sangre.

**Capítulo II**

**Alicia Martínez**

A

licia Martínez jamás  imaginó que llegaría el día en que su vida iría a dar justo a la triste decrepitud de aquel mísero pueblo. Tenía apenas 17 años cuando se casó con Javier, a quien conocía poco, pero lo suficiente como para decidir que estaba enamorada.

Se conocieron durante una fiesta patronal, justo a las puertas de la iglesia. En aquella ocasión, ella no pudo dejar de notar la ofuscada renuencia del joven a participar de la misa, a tal extremo, que en medio de la sacramental ceremonia, salió disparado hacia el exterior como si le faltara el aliento, o se estuviera ahogando.

Alicia juzgó la situación con más gracia que extrañeza, así que, escabulléndose ella misma de la custodia paterna, salió tras el muchacho. Lo encontró sentado, casi derrumbado sobre  las escalinatas del edificio, totalmente agobiado y bañado en sudor. Ambos se contemplaron en silencio durante unos segundos y, sin razón alguna, rompieron a reír.

Más allá del horizonte, bajo aquel mismo cielo, negros nubarrones gestaban tormentas que los espiaban complacidas.

Ninguno de los dos lo sabía entonces, pero el terror había roto las cadenas que le mantenían prisionero…y venía a por ellos.

**Capítulo III**

**El Origen**

*Casi tres décadas atrás*

— ¡Maldita perra desgraciada! –insultó el hombretón a la mujer tendida sobre el camastro, mientras le arrancaba de los brazos al niño recién nacido.

— ¡Te advertí que no podías esconderte de mí! ¡Nunca!—continuó gritando

— ¡No don Javier! ¡Nooooo!— suplicó aterrorizada ella, buscando con desesperación entre las sábanas manchadas de sangre, el puñal que había escondido momentos antes de parir.

— ¡Él no te pertenece! ¡No *tenés[[1]](#footnote-1)* derecho de llevártelo! ¡Vos, *pendeja[[2]](#footnote-2)* de mierda, sabes mejor que nadie lo que el crío  representa!–Insistió él, arrojando a la criatura que rodó por el suelo, en tanto ceñía con tremenda fuerza, sus gigantescas manos alrededor del cuello de la madre.

Una vela encendida cae, desparramando cebo y chispas. Fuera, la tormenta arrecia.

Con la llegada del alba, los vecinos, recelosos, se acercaron a escarbar entre los escombros humeantes de la humilde choza. Dos cuerpos calcinados, enlazados en feroz contienda, yacían con las mandíbulas desencajadas en rictus de ira y espanto. Todo el pueblo pudo reconocerlos,  sabían demasiado bien que se trataba del viejo y poderoso Javier Vargas y la chiquilla menor de edad, que nueve meses antes llegara de Bolivia.

De algún modo, hallarlos muertos constituía casi un alivio para todos. Por razones de las que no se hablaba y, que esperaban, no se tuviera que hablar  jamás.

Entonces, inesperadamente oyeron al niño llorar.

Salvaguardado bajo una antigua cocina de hierro, el cuerpecito permanecía por completo tiznado de hollín, pero aun así, ileso, y aquel, había sido su primer berrido a la vida.

Nacido en la muerte, bañado con sangre y bautizado por fuego.

Por alguna razón, lo llamaron como su padre… “Javier”.  Luego, decidieron olvidar.

Una vida que amanecía sin pasado, sin historia y con un futuro que hubiese sido mejor desconocer.

**Capítulo IV**

**Los Expósito**

**— ¡A**liciaaaaa!—gritó Javier Expósito  a su mujer, desde la cerca de su casa.

Tenía el cuerpo embardunado en barro sanguinolento y maloliente a vísceras. Desde muy temprano en la mañana, laboraba en el matadero del pueblo. Y, había ocasiones, como en este día, en que un  evidente vaho a vino barato manaba de su aliento.

Alicia dejó caer un plato, al momento de escucharlo. Empalideciendo.

— ¡Jorgito! ¡David! ¡Mariela!—exclamó la joven a sus hijos, en un grito acallado por los nervios— ¡A su cuarto! ¡Ya!- Y se aprestó a reunirlos, empujándolos por la espalda a través del corredor a oscuras.

Le desagradaba cuando Javier llegaba en ese estado, tanto, que hasta podía presentirlo incrementando su nerviosismo a medida que éste se aproximaba a casa.

Aun cuando no sucedía con demasiada frecuencia, siempre resultaba perturbador. Si bien Javier no podría ser considerado fehacientemente como un alcohólico, el efecto que este tipo de bebida provocaba en él, transmutaba de modo antagónico lo que un día fuera su carácter jovial y amable, en otro diametralmente opuesto.

Y ella había comenzado a tenerle miedo…mucho miedo.

— ¡Carajo mujer! ¡Que te estoy llamando!— insistió él, propinando un sonoro puntapié que amenazó con descerrajar la puerta de sus goznes.

— ¡Aquí estoy, aquí estoy!—respondió ella, alcanzándolo en la pequeña sala comedor de la vivienda.

Javier lanzó el pesado y desagradable bulto que traía en brazos sobre la mesa. Alicia no pudo ocultar su expresión de asco. Envuelto en plásticos desgarrados, un cuerpo blando y todavía tibio, dejaba escapar manchando la superficie de madera, hilos de sangre, coágulos y, por supuesto, barro de matadero.

—El patrón la desechó pensando que era una cría sospechosa, pero yo estoy seguro que nunca se infectó. La *triquina[[3]](#footnote-3)* todavía no contaminó a los chanchos de estas putas tierras. Así que acá está—dijo limpiándose las manos sucias en la camisa descolorida.

— ¡Anda vamos mujer! ¡¿Que miras con cara de espanto?! ¡Es comida!—le espetó, clavándole furioso los ojos enrojecidos. — ¿Es que no te basta? ¡Me mato trabajando en ese sitio de mierda para mantenerte a vos y a los pendejos! ¿Qué más *querés*?

Alicia tiritaba, sus manos disparaban presurosas de un sitio a otro de la mesa tratando de absorber la inmundicia que se desprendía del bulto con el animal muerto. Casi no respiraba. Javier, con los brazos en jarra y el esbozo de una media sonrisa satisfecha, quedó como extasiado contemplando el rostro de su mujer, cual si disfrutara de la escena.

—Es solo sangre—le dijo socarronamente al oído, mientras pasaba junto a ella en dirección al baño.

Alicia empezó a sacudirse con un sollozo que no tardo en trepar a su garganta. Tiró del bulto y, arrojándolo al suelo, comenzó a arrastrarlo hacia  la cocina. Odiaba la sangre, el resultado de aquellas matanzas le repugnaba. Pero Javier había comenzado a exponérselo de manera cada vez más obvia, logrando atormentarla.

Al verlos hoy en día, quién podría imaginar que un día fueron el matrimonio perfecto. Feliz

Todo comenzó a desmoronarse con la llegada de aquella carta. Desde que se casaron, transcurrieron varios años antes de que recibieran noticias procedentes del pueblo donde se conocieran. Y eso había sido bueno. Hasta el funesto día en que el viejo párroco de la Iglesia se ahorcó en el campanario, dejando como único legado, una carta para Javier. Su Javier, el simpático y misterioso huérfano que tiempo atrás rescatara de las escalinatas de aquella misma Iglesia, durante esa fiesta patronal.

— ¡Maldita sea!— musitó Alicia ante el recuerdo.

Comenzó a desenvolver el pegajoso paquete en el piso de la cocina. Cada vez le resultaba  más difícil desentramar la idea de qué era lo que estos cuerpos desmembrados habían sido alguna vez. La furia manifiesta en la carnicería ejecutada con ellos la amedrentaba, sugiriéndole oscuras ideas sobre las razones de tan extrema e innecesaria  crueldad.

Desde la habitación matrimonial, los sonoros ronquidos de Javier le devolvieron algo de tranquilidad. –"*Mañana será otro día*"—pensó resignada y continuó con la desagradable faena. Luego, se daría un minucioso baño y finalmente podría dormir.

Serían como las 4 am, cuando un aullido demencial surcó la oscuridad,  haciendo trizas la densa e imperturbable quietud de aquella calurosa noche de verano en la humilde casa de los Expósito.

1. Modismo de voceo en Argentina. “Tienes” (Significado) [↑](#footnote-ref-1)
2. Vulgarismo latinoamericano. “Púber” (Interpretación) [↑](#footnote-ref-2)
3. Gusano parásito de cuerpo cilíndrico y delgado, que se aloja en el intestino y los músculos del ser humano y de otros vertebrados, al consumir carne contaminada con larvas de este parásito enquistadas. [↑](#footnote-ref-3)